

ARCHIPIÉLAGO Y ZEA

Carlos Véjar Pérez-Rubio

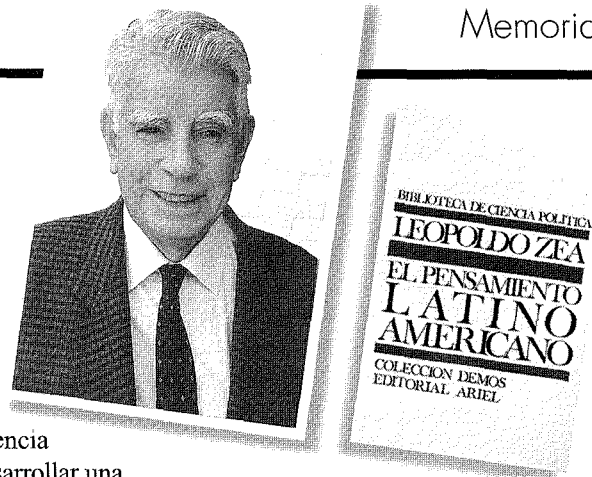
“**Esta** es mi primera colaboración”, nos dijo, extendiéndonos el manuscrito que había sacado de un cajón de su escritorio. “A ver qué les parece. Es el prólogo que me pidieron para la edición polaca de *La raza cósmica*, que va a publicar próximamente el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia, en el que reflexiono sobre el concepto de América Latina que Vasconcelos postula en su ensayo. Creo que quedará bien en su revista.”

Corrían los primeros meses del año 1992. Comenzaba apenas el tendido de la red de amigos y colaboradores del proyecto cultural multidisciplinario que habíamos concebido la periodista cubana Minerva Salado, el escritor uruguayo Saúl Ibagoyen y el que esto escribe, arquitecto mexicano, para contribuir a la integración y la unidad de Nuestra América. La punta de lanza, el medio de expresión y de comunicación inicial del proyecto, habría de ser una revista, a la que buscábamos afanosamente nombre.

Alberto Híjar respondió con entusiasmo cuando lo invitamos a participar como representante del campo de las artes plásticas. Y no sólo eso, sino que propuso de inmediato a un amigo suyo para cubrir el campo de la historia, “un colombiano, historiador y cartógrafo, que descubrió que Colón no descubrió nada, porque ya estaba enterado de la existencia de América en unos mapas que obtuvo de unos navegantes medievales chinos, los verdaderos descubridores de estas tierras. Además, es biógrafo de Bolívar, tiene varios libros publicados sobre el Libertador”.

Esa mañana habíamos quedado de vernos en Ciudad Universitaria, para que me lo presentara. Este colombiano, Gustavo Vargas Martínez, que había vivido varios años en China en los años sesenta y tenía incluso varios libros publicados también sobre ese tema, coordinaba por entonces el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y según Alberto, seguramente se interesaría en nuestro proyecto.

No se equivocó. En efecto, Gustavo no sólo acogió con entusiasmo la idea, sino que nos recomendó a su vez a dos amigos, profesores ambos de la UNAM, para que se sumaran también a la naciente red latinoamericana: Horacio Cerutti, filósofo argentino; y Ricardo Melgar, historiador peruano. Fue al salir de su cubículo que le propuse a Alberto visitar a Leopoldo Zea. Su prestigio académico nacional e internacional, su valiosa obra latinoamericanista, su



insistencia en desarrollar una filosofía que partiera de nuestras propias raíces, de nuestra propia historia, además de su vasta experiencia en la creación de proyectos e instituciones culturales, podrían sernos de gran utilidad. Y subimos así a su oficina del CCYDEL, ese centro universitario de largo nombre que había creado hacía tiempo para coordinar y difundir los estudios latinoamericanos, en la que nos recibió amablemente y nos escuchó con interés. Definitivamente, tocamos las fibras más sensibles de su pensamiento. Le hablamos de un proyecto independiente, interdisciplinario, que propiciara la integración de la cultura y la unidad de América Latina y el Caribe. Y de una revista que la expresara sin cortapisas, incluyente, diversificada y crítica.

Nos dio entonces sus puntos de vista. Nos animó. Nos aconsejó. Había que poner los pies en la tierra, es cierto, las dificultades eran muchas, pero nunca dejar de soñar. Nos habló de su experiencia al frente de *Cuadernos Americanos*, la revista fundada y dirigida en su primera época por Jesús Silva-Herzog, que a él le había tocado continuar. Y sacó aquel texto del cajón.

Poco después, en el editorial del número 0 de la revista que finalmente había encontrado nombre, *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*, fechado en la ciudad de México en agosto de 1992, escribiríamos:

La idea de crear en México una revista independiente, con intensa vocación latinoamericana, que se sume activamente a los procesos de resistencia y creación cultural más característicos de nuestra historia, partió de los siguientes considerandos:

A. La necesidad de contribuir a la defensa de la identidad cultural latinoamericana, plural y compleja, cada vez más vulnerable ante los fenómenos crecientes de la dependencia.

B. La certeza de que la cultura juega un papel preponderante en cualquier proyecto de integración de América Latina y el Caribe, necesario para enfrentar con éxito los nuevos y difíciles retos planteados en el umbral del siglo XXI.

C. Las dificultades que enfrentan hoy en día muchos intelectuales latinoamericanos para publicar su trabajo

y difundir su pensamiento, y el efecto negativo que esto tiene, aunado a su aislamiento, sobre la cultura de un país, un pueblo, la región y los mismos autores.

Varios propósitos acompañan a esta aventura. Partiendo de la necesidad de conocernos, como primera premisa para integrarnos, *Archipiélago* se propone servir de puente entre las diversas corrientes del pensamiento latinoamericano, hoy lamentablemente aisladas. Es la intención registrar los cambios que están ocurriendo en todas las esferas de la cultura, como la desaparición paulatina de las fronteras entre las disciplinas y el derrumbe de los más diversos mitos, para integrar una propuesta imaginativa, diversificada y crítica, necesaria para insertarnos en mejores condiciones en un presente y un futuro que debieran brindar mayores expectativas materiales y espirituales a nuestros pueblos.

Archipiélago abordará así la cultura latinoamericana en su sentido más amplio e integral, recuperando y reinterpretando nuestro pasado y previendo su ulterior evolución en un mundo cada vez más interdependiente y homogéneo...

Ese número 0, delgadito, dieciséis páginas solamente, que nos valió por cierto un regaño de Nikito Nipongo en su columna periodística *Perlas japonesas* (“¿Cuándo entenderán que no hay número 0! Cuando vayan en el número 2, si es que llegan, en realidad va a ser el 3”), lo presentamos en La Habana, en la Casa de las Américas, en agosto de 1992; y en el Museo de Etnografía y Folklore de La Paz, Bolivia, en noviembre de ese mismo año. Participaron en esa edición, realizada sin costo en las prensas solidarias de un amigo editor, Franklin Ramos, dieciocho intelectuales latinoamericanos —dos argentinos, un brasileño, un colombiano, tres cubanos, un chileno, un estadounidense-chicano, un uruguayo y ocho mexicanos— abordando diferentes temas de nuestra cultura en trabajos de un par de cuartillas, que ocuparon una página de la revista cada uno. No apareció por ello el texto de Leopoldo Zea, que guardamos para el número 1, que planeábamos publicar en los próximos meses.

Nos tardamos un poco más. Había que extender por todos los rincones de la patria grande la red inicial. Difundir la idea. Recoger opiniones. Sumar fuerzas. Allegarnos recursos. Templar la voluntad. Fue hasta mayo de 1995 que logramos publicar finalmente ese número 1, que presentamos en la Casa Lamm de la ciudad de México una tarde memorable, amenizada por dos conjuntos de música latinoamericana, el jazz de Roberto Aymes incluido, en la que estuvieron presentes el maestro Zea y su esposa, María Elena Rodríguez Ozán. El tenaz esfuerzo de los diecinueve amigos convocados inicialmente rendía frutos: en la página uno aparecían ya 407 nombres de intelectuales latinoamericanos, de las más variadas disciplinas y nacionalidades, que integraban lo que llamamos Red Cultural de Nuestra América. Muchos de ellos permanecen todavía

y muchos otros se han sumado al proyecto desde entonces. En el editorial, que titulamos “Del Bravo a la Patagonia: la cristalización de la utopía”, decíamos lo siguiente:

En este tiempo velado con disfraz de anacronía, cuando el futuro es bruma y espejismos y el pasado, huella deslavada, decir “del Bravo a la Patagonia” podría parecer obsoleto. En efecto. Vientos de crisis barren creencias, derrumban mitos y diluyen fronteras hoy en día. En la geopolítica son cosa cotidiana los dolorosos reacomodos y la formación de nuevos bloques. Las estructuras culturales cimbran y la identidad se desvanece en el proyecto de la unipolaridad, la homogeneidad y la (inter)dependencia, ese que genera entre nosotros pobreza y riqueza extremas —material y espiritual—, injusticia, corrupción, vicio, cólera, desencanto... urbanización acelerada, desequilibrio ambiental, discriminación racial.

Archipiélago no acepta esos designios, recupera la utopía y propone para América Latina y el Caribe una expectativa diferente a partir de su propia y necia realidad.

América Latina y el Caribe. Indiscutible es la unidad cultural de nuestros pueblos, producto de la síntesis de la cultura europea con las culturas autóctonas del continente americano y, en algunos casos, con las africanas que se importaron a estas tierras —la tercera raíz—. Pero indiscutible es también su diversidad, producto de una variada geografía e historia y de la singularidad de las mezclas. Compartimos todos un devenir, si no idéntico, semejante. Nos identifica a los latinoamericanos y caribeños el haber estado sujetos siempre a la colonización y la dependencia, la antigua, la que empezó hace quinientos años, y la moderna, la que se nos impone hoy en día desde los nuevos centros de poder. Pero nos identifica también la rebeldía, la inconformidad con un destino manifiesto diseñado al margen de la voluntad mayoritaria.

Más complejo es dilucidar las razones que nos separan, las que han impedido la realización de los sueños de los próceres como Bolívar y Martí. Es un hecho que los países de América Latina y el Caribe no han podido adquirir nunca plena soberanía y bienestar y justicia para sus pueblos, entre otras cosas, porque no han podido avanzar en su cabal integración. Somos, es cierto, un mosaico amalgamado por el idioma y la tradición, por los sueños de los héroes y los anhelos de las masas. Pero somos también un enigmático *archipiélago* cuyas islas permanecen, en gran medida, económica, política y culturalmente desvinculadas, desconocidas, y aún a veces, enfrentadas.

Una cosa es cierta sin embargo, lo decía no hace mucho el colombiano Germán Arciniegas, premonitoriamente: América es el Panteón de los Imperios. Aquí murieron o empezaron a morir, el inglés, el francés, el español y el portugués.

Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América, esfuerzo editorial independiente marcado por la idea de servir a las mejores causas latinoamericanas y caribeñas, se propone contribuir a detonar un movimiento cultural en la región que, abierto al mundo, reivindique nuestras raíces y tradiciones y las proyecte hacia el futuro que aguarda a la vuelta del milenio. Un movimiento imaginativo que desacralice la cultura y la extienda para todos, que profundice en la crítica y anime el debate, medidas todas ellas necesarias para encontrar las propuestas que nos inserten en mejores condiciones —materiales y espirituales— en el presente y el porvenir. Salido a la luz su Número Cero en agosto de 1992, la revista fue presentada en Casa de las Américas, La Habana, en ese mismo mes, ante una concurrencia altamente representativa de la cultura cubana. Más adelante, el mes de noviembre de ese mismo año, se presentó en el Museo de Etnografía y Folklore de La Paz, Bolivia, ante un nutrido grupo de la intelectualidad boliviana. En ambos casos se pudo observar el interés que genera entre los intelectuales del área un proyecto como éste y su viabilidad para estrechar el conocimiento y la colaboración entre nuestros pueblos, hoy lamentablemente aislados.

Después de muchos meses de esfuerzo surge este Número Uno —primer eslabón de una cadena de signo liberador que se extenderá del Bravo a la Patagonia—, con una muestra representativa de la creación y el pensamiento latinoamericano y caribeño. Esperamos las respuestas.

Leopoldo Zea estaría de ahí en adelante en todas y cada una de las presentaciones de *Archipiélago*. Coincidíamos también con frecuencia en diversos actos académicos y efemérides latinoamericanas, incluidas las del ambiente diplomático. Se volvió una costumbre visitarlo cuando salía un nuevo número de la revista, para intercambiar opiniones sobre los trabajos ahí publicados y comentar los acontecimientos más relevantes del momento, particularmente, los relacionados con América Latina y el Caribe. Le contaba de mi peregrinar por los más diversos ámbitos culturales de la patria grande para presentar el proyecto y sembrar la utopía. Recuerdo el interés que le provocó la presentación que hice en febrero de 1998 ante un grupo de intelectuales latinoamericanos residentes en París, en un modesto local de contracultura llamado “La Guillotina”, en la calle de Robespierre, que contrastaba con la lujosa Casa de América, de Madrid, a la que me invitarían poco después con el mismo propósito merced a las gestiones de José Luis Dicenta, gran amigo de *Archipiélago* desde su breve gestión como Embajador de España en México. Sus comentarios al primer número que dedicamos a una isla del archipiélago, Bolivia, que ratificó poco después cuando publicamos el segundo, dedicado a la Argentina, fueron muy importantes para nosotros. Pero había más todavía.

Para el número 17 (mayo-junio 1998) de *Archipiélago*, en el que nos ocupamos de la guerra hispano-cubano-estadounidense en ocasión de su centenario, nos dio su ensayo *Teología y Filosofía de la Liberación en Latinoamérica*. Para el número 34 (octubre-diciembre 2001), en cuyo editorial tratamos los sucesos del 11 de septiembre en Nueva York y su impacto en los latinoamericanos y caribeños que habitan en esa gran ciudad, nos dio el texto autobiográfico que le había pedido la UNESCO para una edición especial, *Carta a personas que no conoceré*, en el que recoge sutilmente la tensión de esos momentos en sus palabras iniciales. En el número 37 (julio-septiembre 2002) publicamos la reseña del libro colectivo editado por AUNA-México con el título *Impulsemos la integración y la unidad de nuestros pueblos*, que inicia justamente con su colaboración. Y en el número 38 (octubre-diciembre 2002) publicamos un trabajo de uno de sus más cercanos colaboradores, Antonio Luna Moreno, titulado *Leopoldo Zea y su batallar por la integración latinoamericana*, como un reconocimiento a su infatigable labor por la unidad de nuestros pueblos.

Estaba ya delicado de salud cuando coincidimos en un festejo en Cuernavaca, al que habíamos sido invitados por un amigo común, Horacio Cerutti, investigador del CCYDEL y miembro de la vieja guardia de *Archipiélago*. Corrían los últimos meses del año 2003. Me acerqué a saludarlos, a María Elena y a él. Amable como siempre, me puso al tanto de sus padecimientos, haciéndome ver con entereza que ahora sí sentía que el fin se aproximaba. Conmovido, lo abracé cariñosamente y le dije, convencido, mientras él arqueaba las tupidas cejas: “¡Maestro, usted es inmortal!”

El fin llegó pronto, efectivamente. Un golpe para el pensamiento latinoamericano, para los proyectos latinoamericanistas, para las relaciones internacionales en este campo, para el mundo académico universitario, para la UNAM, a la que entregó su vida, para las instituciones que contribuyó destacadamente a crear, como el CCYDEL, para *Cuadernos Americanos*. En *Archipiélago* también lo resentimos. Perdíamos al amigo generoso, al entusiasta compañero de utopías. En el número 44 (abril-junio 2004) de la revista, que estábamos terminando de editar en ese tiempo, le hicimos un homenaje a varias voces en el que participaron amigos, compañeros y discípulos suyos de diversos rumbos del mapa latinoamericano. “Leopoldo Zea *In memoriam*”, lo titulamos. Y me di cuenta entonces, al revisar todas esas sentidas notas sobre su pensamiento, sobre su obra, sobre su largo y fructífero caminar, que no me había equivocado en Cuernavaca. Descanse en paz el maestro Zea. Y siga adelante el Archipiélago. ☒

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto, historiador del arte y escritor mexicano, doctorando en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue coordinador en 2002-2003 del Proyecto América Latina, en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la UNAM, y es profesor de la Facultad de Arquitectura de la misma universidad. Sus más recientes libros son *Plaza Cuncuilco y otros cuentos de variada intención* (2001) y *Utopía de cristal* (2003). Es fundador y director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.